

*Una etapa decisiva de Darío (Rubén Darío en la Argentina)*, de EMILIO CARILLA. Madrid: Editorial Gredos, 1967. [199 pp.].

La existencia peregrina de Rubén Darío obliga a críticos y estudiosos a parcelar en distintos trabajos el asedio de su vida y su obra para observarlas con alguna precisión. A espacios definidos corresponden pasos más o menos concretos en su constante evolución estética. Así, Darío en Centroamérica, Darío en Chile, Darío en España, etc. Faltaba el libro que revelara con amplitud una etapa básica del poeta, del prosista y del teórico: la que vivió en Buenos Aires, desde 1893 hasta la fecha de su segundo viaje a España, a fines de 1898. Para el conocimiento de ese quinquenio —el de *Los raros* y *Prosas profanas* y otros poemas— contábamos, claro está, con un considerable acopio de publicaciones, todavía no exhaustivas, aunque ricas en material informativo: las de Carlos A. Loprete, *El modernismo en la Argentina*, y las de Rafael Alberto Arrieta. (La *Introducción al modernismo literario*; las páginas 439-483 de la *Historia de la literatura argentina* (t. III) y el artículo publicado en el número 99, 1961, del *Boletín de la Academia Argentina de Letras*).

El profesor Emilio Carilla, en su nuevo libro, va mucho más allá de sus predecesores. Sus aportaciones significan un concreto avance que, sin embargo, no nos atreveríamos a calificar como definitivo. Nos indica el autor en la introducción que “el tema de Rubén Darío en Buenos Aires o Rubén Darío en la Argentina no ha determinado todavía el libro minucioso a que la importancia del tema y la abundancia de materiales obliga” (p. 8). Su obra, agrega, “pretende llenar una necesidad que —creo— se hace sentir tanto en la bibliografía general vinculada a Rubén Darío como en la bibliografía particular vinculada a las letras argentinas (*ibidem*)”.

Para cumplir el mencionado propósito, Emilio Carilla distribuye los capítulos del libro en torno a los sucesos sobresalientes —biografía, obra literaria— del tiempo bonaerense del escritor: “Darío en Buenos Aires”; “La *Revista de América*”; “Las reuniones del Ateneo de Buenos Aires”; “Pausa: el viaje a Córdoba”; “*Los raros*”; “*Prosas profanas* y otros poemas”; “Darío y Groussac”; “Los dos elegidos de Rubén Darío: Lugones”; “Los dos elegidos de Rubén Darío: Jaimes Freyre”; “Darío y sus críticos”; “La literatura argentina hacia 1890” y “Darío y las letras argentinas”. Al final de la obra figuran dos apéndices: “La Argentina en la obra de Darío” y “Un poema ‘argentino’ de Darío” [sobre “Desde la pampa”].

Este registro cubre, como se puede apreciar, la totalidad de la andanza externa del poeta en sus años argentinos. No es escaso mérito para las pro-

<sup>1</sup>Sobre este importante aspecto de las actividades darianas en Buenos Aires, véase ahora el libro de Boyd G. Carter, *La “Revista de América” de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre*. Managua; Imprenta Nacional, 1967. Publicaciones del Cente-

nario de Rubén Darío. (El libro contiene, además de la introducción crítica del profesor Carter (pp. 17-42), la reproducción fotográfica de los únicos tres números publicados de la *Revista de América*).

yecciones del libro que su autor recurriera a la totalidad de datos y fuentes aprovechables, con la acuciosidad característica en sus estudios críticos.

A pesar de la anotada acuciosidad del investigador, creemos que su obra —tan oportuna— ganaría en alcances exegeticos si, por ejemplo, se profundizara la observación 'interna' de los dos libros capitales del período bonaerense, *Los raros* y *Prosas profanas*, que debieran ocupar el centro natural del estudio y merecer el mayor espacio de sus páginas. En el caso de *Los raros*, echamos de menos una mayor determinación de sus valores pro-sísticos, como igualmente más amplia indagación de la teoría estética y la revelación de preferencias que sustenta la selección de esos "raros", diecinueve en la primera salida del libro, veintiuno en la edición de 1905. Por otra parte, lo que en el libro de 1896 es la exposición crítica —con alcances biográficos y desarrollos poemáticos— de tales elegidos o excepcionales, se anticipaba ya en *Azul...*, sobre todo en los agregados de 1890, en lo que por entonces sólo era alabanza poética de una reducida galería de sobresalientes: Leconte de Lisle, Catulle Mendès, Parodi. Esos son "los raros" de *Azul...* y responden a una intención y a una sistemática: elevar lo francés, sobre todo, a modelo y culto, a orientación salvadora frente a la anquilosis literaria peninsular. Relación interior, pues, que nos muestra el libro de 1896 como culminación de un proceso y una tarea consciente: los de instaurar modelos literarios que contribuyeran con obra y ejemplo, a la acción de "los nuevos". Es, sí, muy acertado lo que sustenta Carilla en la página 61, en el sentido de que en *Los raros* el poeta "pretendió mover ... una rígida tradición hispánica ... pretendió atacar vejece, lugares comunes, 'normalidades' y convenciones gastadas". Esto robustece la idea de que, a pesar de la intervención de manos amistosas de dos compañeros y admiradores, Darío no dejó escapar, en momentos de tanta tensión de su lucha estética, la oportunidad que *Los raros* le daban de establecer algo que se acerca a un programa, a un manifiesto disimulado entre los retratos, en el fondo de la galería.

En lo que a *Prosas profanas* se refiere, podemos hoy, con el estudio de su contenido —que necesita re-lecturas— y el apoyo de obras como las de E. K. Mapes o Charles D. Watland<sup>2</sup>, enjuiciar con perspectiva cabal no sólo su significado en la lírica hispánica, sino los modos de proceder de la imaginación creadora dariana y las modalidades de una poética en evolución. Poética que la nueva exégesis enjuicia en proyecciones antes no suficientemente esclarecidas.

No se consigna lo anterior para regatear méritos al libro del profesor Carilla, tan valioso en muchos aspectos: es lo que podemos esperar de una amplia revaloración crítica en un momento propicio para el análisis y la

<sup>2</sup>La obra del Dr. Mapes, clásica en su género —pero limitada por los criterios de estimación literaria prevalecientes hacia 1925— ha aparecido en fecha reciente traducida por el profesor Fidel Coloma

González, quien también es autor de la versión española del libro de Charles D. Watland, *La formación literaria de Rubén Darío*. Managua: Imprenta Nacional, 1966.

estimación rigurosos: el de un centenario que nos deja ver lo vivo y lo muerto de una forma de poetizar cuyo valor pretérito no puede, sin embargo, hacérsola aparecer disminuida en el tiempo. Engañosas perspectivas y otros modos de recepción de la obra literaria y de aprecio por sus creadores no han de ocultarnos la dimensión casi heroica de la tarea de quienes —como los modernistas— impusieron en el mundo cultural hispanoamericano cierto carácter profesional para su oficio. Todo ello en un ámbito social más o menos sordo a sus apelaciones estéticas.

Junto a las conocidas obras de Diego M. Sequeira y Raúl Silva Castro, que estudian los períodos centroamericano y chileno del autor de *Azul...*, el libro de Emilio Carilla es una aportación sólida y oportuna que los dariístas sabrán aprovechar.

JUAN LOVELUCK

*Breve Historia de las Fronteras de Chile*, de JAIME EYZAGUIRRE G. Ed. Universitaria, S. A., 1967.

En un breve y bien presentado manual de la colección "Imagen de Chile", Jaime Eyzaguirre contribuye una vez más, en la forma clara y amena que le es característica, a la divulgación de los conocimientos sobre nuestra historia nacional. Siempre bien informado en documentación irrefutable, no abruma, sin embargo, al lector con excesiva carga de citas documentales; intercala las referencias precisas, que incorporadas a su prosa ágil, adquieren valor de actualidad.

Nos presenta el extenso reino de Chile con los límites imperiales que le fijó Pedro de Valdivia, el fundador. Señala las amplias regiones transandinas sobre las cuales ejercieron jurisdicción durante tres siglos los Capitanes Generales del Reino y establece la continuidad de la línea geográfica hacia el norte, hasta limitar con el Perú. Exhibe los títulos que establecían la posesión del Desierto de Atacama en la época de la Independencia y los actos de soberanía ejercidos por el Gobierno nacional posteriormente.

Aunque el autor no lo dice, coloca al lector en situación de advertir el contraste que presenta aquel extenso "reino de Chile" que se recostaba a ambos lados de esa montaña que para los chilenos de entonces no era sino una simple "sierra nevada" o la gran montaña nevada, columna vertebral de la tierra que les pertenecía. En 1810 el país comenzó a ganar su independencia y a perder su concepción imperial; esa sierra nevada que los criollos cruzaban con tanto desenfado, se convirtió en una Cordillera de los Andes, con mayúscula. Creció tanto en la psicología colectiva nacional, que se transformó en barrera infranqueable que limitó los horizontes políticos. Los Gobiernos de Santiago se olvidaron del Chile ultramontano y en sucesivas derrotas diplomáticas lo fueron entregando pasivamente a lo largo del siglo XIX. Las cumbres, que eran sólo un mero accidente de *nuestra*